



## Merely Players: Divagando sobre el teatro independiente

Luis Acosta Casanova

Cuando se trata de la memoria y la nostalgia, volver la mirada hacia atrás puede marearnos, ya sea que se trate de uno, diez o cincuenta años; detenerse a contemplar el pasado puede ser tan vertiginoso como divisar en la lejanía el espejismo luminoso de otra vida.

Me marea vislumbrar aquel insondable pozo y reconocermé en una época donde un acto cívico, hinchado con la misma mediocridad del resto de la escuela primaria, ofrecía de vez en cuando alguna tierna dramatización sobre los valores cristianos o las fiestas patrias, y cómo incluso sus terribles interpretaciones me hacían soñar con estar de pie sobre el proscenio, ante la mirada y el aplauso de cientos de personas.

*“¿Por qué lo hacemos? ¿De verdad es posible que cambiemos la sociedad desde la ingratitud de nuestros pequeños escenarios?”*

La ventaja de que la escuela y colegios en que estuve fueran tan desinteresados en fomentarlo, era que me permitía concebir con libertad mi propia idea fantástica del teatro, y como en el escenario de mi mente no había espacio para límites, produje, escribí, dirigí y protagonicé todo tipo de historias y personajes a mi gusto. Sin entonces conocer nada sobre Wagner, aquel racista mezquino, amargo y nauseabundo que, desdichadamente también fue uno de los más grandiosos genios de la historia, mi idea del teatro se acercó cada vez más a su Gesamtkunstwerk, una obra artística total, en que la literatura, la música, la danza, la pintura, la arquitectura y

demás formas de arte se juntaran para crear una experiencia sin precedentes.





En mi teatro imaginario podía levantar y derribar, crear y destruir como si fuera el dios en mi propio universo de salas cada vez más grandes, recursos cada vez más espléndidos y butacas cada vez más llenas. Todo esto me sucedió, no me cabe duda, exactamente igual que como a cada persona que alguna vez ha sentido el deseo de trabajar en el teatro, y también como ellas, mi lujuria no podía quedar satisfecha únicamente con las fantasías, porque faltaba lo más importante: convertirlas en realidad.

Montar, a los quince años, una lujosa producción de Amadeus que no tuviera

nada que envidiarle a Miloš Forman; o de Romeo y Julieta que no tuviera nada que envidiarle a Franco Zeffirelli, o de Hamlet que no tuviera nada que envidiarle a Kenneth Branagh; y sí, son mis referentes las adaptaciones cinematográficas. ¿Por qué no? ¿Quién me lo impedirá? ¿El sistema educativo? ¿La falta de apoyo de padres y docentes? No, eso no pasará... De ninguna manera...

Hubo una época en que el teatro era el centro del universo.

El 25 de febrero de 1830, Víctor Hugo estrenó Hernani en la Comédie-Française, y con la ayuda de sus amigos logró silenciar a todo un grupo de anticuados clasicistas; haber librado y triunfado en una batalla cultural en torno a su obra debió ser el mejor regalo de cumpleaños posible para el joven autor. Y en términos generales, los siglos anteriores fueron más amables con el teatro, principalmente el decimonoveno, cuando actores y dramaturgos podían labrar su fama y fortuna a partir de su arte.

Para quienes nos hemos dedicado al teatro independiente, sin embargo, la experiencia es muy disímil de las dimensiones que visionaron Hugo y Wagner, y más bien comparte el abordaje minimalista y "pobre" de Grotowski. El teatro independiente no aspira a la lujosa magnificencia de vestuarios, escenografía y tecnología con la que cuentan las producciones de Broadway; es un teatro más noble en su simpleza, que busca ser más democrático y accesible, posee un interés más altruista y consciente con la realidad social, y por lo tanto antepone la importancia del arte a la ganancia monetaria; como resultado, nuestra carrera como actrices y actores independientes se asemeja más a la de los bohemios en Montmartre de la Belle Époque.



Algunos de nosotros conforman una compañía errante, carente de una sala propia, que arma y desarma su escenografía como los circenses sus carpas, para actuar en los espacios menos relacionados con el teatro. Otros, afortunados desafortunados que cuentan con sus propias salas, por lo general se encuentran distribuidos y casi ocultos en sucios rincones de San José, luchando pese a todo para mantener su puerta abierta y esforzándose para colocar traseros sobre al menos la mitad de



las butacas y poder así pagar las cuentas. Y ya sea que pertenezcamos a uno u otro grupo, todos acabamos las funciones compartiendo una bebida en el Lobo Estepario hasta la madrugada.

Sísifo podría vernos desde la cima de su colina y compadecerse. ¿Por qué lo hacemos? ¿De verdad es posible que cambiemos la sociedad desde la ingratitud de nuestros pequeños escenarios? Por supuesto, era más fácil en los siglos diecisiete, dieciocho, diecinueve y veinte; el siglo veintiuno, a diferencia de sus ancestros, es muy diferente y no la tiene tan fácil; cada vez nos consumimos más en el bochorno de un mundo de vapor donde la tecnología y la industria avanzan como una avalancha en picada, y lo cierto es que tal naufragio no se limita al teatro independiente sino incluso a los grandes recintos: la proliferación de las salas de cine menguó a las salas de teatro, y el acceso a internet menguó a las salas de cine; si antes de la actual pandemia el teatro la tenía difícil, ahora tiene a su hijo y rival haciéndole compañía.

Aunque lo cierto es que, incluso si no hubiera una pandemia, la mayoría de las pequeñas salas seguiría medio vacía; tal vez el público piensa que es demasiado caro, a pesar de las ofertas y funciones gratis que se anuncian a cada rato. Tal vez les parece aburrido o anticuado, tal vez sea la falta de apoyo del gobierno, o tal vez sea la falta de costumbre, la idea errónea de que el teatro es la forma artística de una era que pasó, y que actualmente sólo los viejos, los “intelectuales” o –casi lo mismo– los pretenciosos se molestarían en comprar su entrada.

Creo que, por encima de todo esto, quizá se deba a que el teatro es más visceral que el cine, pues

implica que las personas vayan a sentarse para ver cara a cara las emociones, dichas y desdichas de los personajes, sin poder pausar o devolver, y ante el constante miedo de que algún loco baje del escenario y los arrastre con ellos para hacer el ridículo, en un triste intento de “interactuar” con su público.

¿Pero, les digo la verdad? Poco importa cuál sea el verdadero motivo; incluso si conociéramos la causa del problema nada nos garantiza que nos sería más fácil hallar la solución. Lo verdaderamente impor-

tante tal vez no sea preguntar: “¿Por qué lo hacemos?”, sino: “¿Por qué no habríamos de seguir haciéndolo?”



En el cine podemos filmar varias tomas, armar un abanico de opciones que nos permita, en postproducción, decidir cuál queda mejor; en el teatro, el proceso se invierte, y la edición debemos hacerla semanas o meses antes de la interpretación. Cada obra conlleva sus horas de ensayo, que implica todo tipo de sacrificios y esfuerzos, y es comprensible que nos desmotive ver la falta de aprecio por parte del público; puede que la mayor traición que sufren las actrices y actores a manos de su arte tenga que ver con el poder reductivo de ése rectángulo donde se representa el mundo: el escenario encapsula, en un único momento, los meses, años de entrenamiento y formación para lograr ese difícil balance entre lo natural y lo dramático, o como se dice en *The Rocketeer* (1991): *Sweetheart, acting is acting like you're not acting.*

Pero también encapsula, en un único momento, los detalles personales de cada intérprete, de modo que vidas enteras se suman, fusionan y condensan en un instante para llevar a cabo tal o cual escena, y por paradójico que sea, para muchas de las personas que participan de la profesión, en esto, y en el adictivo premio del aplauso, está la respuesta. Se trata de esforzarnos por lograr el *Werde der du bist* de Nietzsche, y puede que valga la pena hacerlo por el mismo motivo que, según Camus, podemos imaginar que Sísifo es feliz; lo hacemos simplemente porque no hay de otra, al igual que con cualquier aspiración o forma artística: no se trata de que nos guste hacerlo, se trata de que tenemos que hacerlo, y porque a pesar de nuestros votos y metas, a pesar de nuestros sueños utópicos de cambiar la sociedad, el mundo, o cualquier otra bullshit que nos digamos, lo hacemos por nosotros mismos, para ser capaces de mirarnos al espejo y sonreír, sabiendo que si logramos dedicar el chispazo de la vida a hacer lo que nos hace felices, ya en eso está la mayor victoria.

El teatro nutre nuestro espíritu con honestidad; nos enseña quiénes, qué y cómo somos. Más importante aún, el teatro nos llama a la empatía, nos hace partícipes de la catarsis que le encontró



Aristóteles, y esto es posible porque los tiempos cambian, las modas pasan, las personas envejecen, pero la experiencia del teatro no envejece, y podemos identificarnos con la grandeza y el patetismo de personajes como Edipo, Hamlet, la Duquesa de Malfi, Salomé, Saliери, Bernarda Alba, o el millonario Tobías, entre muchísimos, innumerables ejemplos más de criaturas que representan lo mejor y lo peor de nosotros mismos, y que nos ofrecen la oportunidad de ver hacia adentro y decidir si queremos ser mejores o peores que ellos.

Al evocar mis años de juventud haciendo teatro independiente, aunque no haya sido como lo fue en mis fantasías infantiles, no puedo sino

convencerme de que lo hice con el mismo sentimiento que Meyerhold escribió a Chekhov, y que aún mantengo: “Quiero arder con el espíritu de los tiempos. Quiero que todos los sirvientes del teatro reconozcan su grandioso destino. Estoy perturbado por el fracaso de mis camaradas en elevarse por encima de los mezquinos intereses de la casta, ajenos al resto de la sociedad. ¡Sí, el teatro puede interpretar un gran papel en la transformación de toda la existencia!”

En la marea impredecible de la existencia, los seres humanos tenemos la certeza de que siempre podremos ennoblecernos por medio del arte, ya sea abriendo un libro, admirando una pintura, escuchando una canción, o incluso sentándonos en la evocadora oscuridad de una sala, donde cada función es única, aunque se repita diez mil veces, porque el teatro es, como dijo Iris Murdoch, el mejor lugar para aprender sobre la brevedad de la gloria humana:

“¡Oh, aquella brillante, maravillosa, para siempre desaparecida pantomima!”